

EL DRAMA DE PI Y MARGALL

EL documentado artículo de Antoni Jutglar en TRIUNFO número 583, de 1 de diciembre pasado, me ha sugerido las siguientes reflexiones. El trabajo en cuestión: «1873, de Figueras a Pi y Margall», es el segundo de una serie en curso. El primero no ha llegado al apartado lugar donde desgrana el reloj de mis años.

El tema central es maravillar-se al autor de la ingenuidad de aquellos hombres que en 1873 se titulaban de izquierda y de cuantos ingresaron en el partido federal, «el único partido republicano existente entonces». Según Jutglar, aquellas adhesiones eran inspiradas por la idea mítica de que «la Federal», tal una panacea, resolvería todas las cuestiones candentes en España. La más zarandeada, la crónica del latifundismo absentista.

El autor nos recuerda el enfrentamiento habido, no más de declararse la República, entre el ejecutivo y una parte de la Asamblea, en la que no dominaban los federales, sino los republicanos, apresurados, dispuestos a obstruir la viabilidad del nuevo Régimen. La República había sido proclamada en un momento de vacilación y de sorpresa, de la punta de la lengua. Confirma Jutglar cuando escribe que a la muerte de Prim «fueron muchísimos los que se adhirieron a la ya numerosa multitud, al verdadero partido de masas que constituía la Federal, o sea, el partido republicano-federal».

¿Cabe interpretar aquí que el partido federal representado en las Cortes no correspondía en importancia a lo que era en la calle? Pi y Margall se percató pronto de las graves consecuencias de su precaria situación en el órgano legislativo de la nación, pero haciéndole ascos a la dictadura propia, prefirió jugar el «fair play». Hay en Jutglar como un reproche, y de ahí su concepto de Pi y Margall como utopista e iluso. Lo fue Pi y Margall en otro aspecto, no en el del asco a la dictadura, que enreda los problemas sin darles solución ninguna.

Pero aprovecha Jutglar para descargar a derecha e izquierda algunos golpes, no todos bien dados. (¡Ah, la sublime comodidad de querer ser objetivo metiendo a todo el mundo en el mismo saco!) Sobre la extrema izquierda, eterno chivo expiatorio, afirma Jutglar sin empacho que «dificultó asimismo la tarea de Pi

y Margall el papel del pequeño núcleo constitutivo de la Primera Internacional en España (...), que se iba extendiendo como amplia mancha por tierras hispanas». Pero donde patina en forma espectacular es al afirmar que «un serio examen del movimiento obrero español, especialmente en el multitudinario sector campesino, nos muestra que más que la "colectivizadora", movilizó al primitivo proletariado la idea pequeño-burguesa, tan cara a los federales (*eleva al proletariado a propietario*) de la "repartidora"...». Y emprendiéndoselas con uno de los hombres más representativos de aquel «primitivo proletariado», añade que Anselmo Lorenzo «no puede evitar la expresión del complejo de inferioridad que le alejaría de Marx y le acercaría a Bakunin». Aquí es oportuno citar lo que escribió Anselmo Lorenzo en «El proletariado militante» sobre estos dos hombres. En la página 166 de la edición mejicana de este libro dice Lorenzo: «Si lo que Marx ha dicho de Bakunin es cierto, éste es un infame, y si no, lo es aquél; no hay término medio: tan graves son las acusaciones que he oído». Y unos párrafos más abajo, refiriéndose a una carta que recibió del revolucionario ruso (salpicadura de la frase anterior), continúa el propio Lorenzo: «Lo notable de

aquel documento, según las impresiones que conservo, es que entre las acusaciones dirigidas por Bakunin contra Marx descuellan como motivo especial de odio la circunstancia de que Marx era judío. Esto, que contrariaba nuestros principios, que imponen la fraternidad sin distinción de raza ni de creencia, me produjo desastroso efecto, y dispuesto a decir la verdad, consigno esto a pesar del respeto y de la consideración que por muchos títulos merece la memoria de Bakunin».

Engels, en su fobia visceral contra la Federación Regional Española, pues no la pudo amaestrar desde el Consejo General de Londres, echó sapos y culebras contra los internacionalistas y cantonalistas españoles, que, hartos de las dilaciones legalistas del Gobierno republicano, pasaron a la acción directa. Pi y Margall, el «único socialista» español en concepto de Engels, se había empeñado en hacer las cosas con

una parsimonia desesperante.

La República se proclamó después de la abdicación de Amadeo I y quedar el trono vacante. Los republicanos, los únicos que podían llamarse tales, eran federalistas. Otros que también se lo llamaban eran oportunistas o monárquicos con gorro frigio que se les caía de grande. Pero los que pudieron ayudar al verdadero parto, perdiéronse en un laberinto legalitario, dando lugar a que los amigos sinceros se impacientasen y echaran el carro por el pedregal, y a que los enemigos no tan sinceros del Régimen, embozados, saliendo de su primer estupor, organizaran la contraofensiva.

Pi y Margall, sobre el que cayó el peso de aquella República, con su «fair play» contribuyó a aquella situación explosiva. En esto estamos de acuerdo Jutglar y yo. En lo que discrepamos es en que la disyuntiva fuese la dictadura. Pi y Margall pudo haberse apoyado en las masas obreras organizadas, aunque no, lo reconozco, para imponer la República federal desde arriba.

Ocurrió que se encerró en un callejón sin salida. Como bien dice el autor objeto de nuestros reparos, la única que encontró fue celebrar elecciones generales para que la nueva Asamblea decidiera si la República debía ser federal o unitaria. Después se re-

dictaría una nueva Constitución. Todo esto, dentro de la Constitución monárquica, y de ahí el callejón sin salida. A mayor abundamiento, se estaba enfrascado en dos guerras, digamos civiles: la carlista y la cubana. ¡Bonita ocasión para perder el tiempo en enjuagues de una legalidad tan caduca como la Constitución monárquica!

Pero el drama de Pi y Margall tiene una significación más honda. El tiempo que no estuvo haciendo política se lo había pasado definiendo la República federal como emanación de la base. Al momento de la verdad, desviándose noventa grados, se empeñó en edificar la federación desde la cumbre. En la cumbre encontró mil y una resistencias y ambiciones que le cortaban el paso en cada esquina. Una de ellas, aquella abstención electoral de la derecha, promonitora del golpe derruidor de sus ilusiones.

¿Cómo no previó este peligro quien lo fiaba todo al hombre concreto, al grupo, a la región, en fin, al verdadero mecanismo de la federación?

Nadie pone en duda la honestidad política de Pi y Margall. Menos sus adversarios de la izquierda extrema. Sabido es lo mucho que debían éstos a sus ideas, lo que le debe el auténtico movimiento obrero español de expresión libertaria. Pero la fatalidad —por decirlo de alguna manera— puso a este hombre en un lugar que no correspondía con sus ideas. Para plasmarlas escogió el camino opuesto. La decisión se convirtió en obstinación al encontrarse con otro federalismo que evocaba con una recriminación cariñosa a su colega, si no maestro, Proudhon, del que fue solícito traductor en España.

Pues antes de proclamarse la República se habían difundido en nuestros medios laborales las ideas federalistas del anarquista ruso Bakunin, que, estando inspiradas en los principios proudhonianos, iban impresas de un dinamismo revolucionario. Estas ideas prendieron pronto en los medios obreros de nuestro país, y no ayudó poco a su germinación el federalismo pimargalliano. A tal extremo se extendió el contagio, que la influencia de Pi y Margall fue declinando en el medio popular receptivo.

¿Por qué una corriente que algunos han tildado exótica hizo «mancha» en la Península (Portugal inclusive)?

(Contra cierta opinión manifestada por Casimiro Martí, pongamos como ejemplo, sostengo que el bakuninismo cuajó precisamente porque no se trataba de una corriente exótica.)

Nadie es profeta en su tierra, repetirán algunos. Los españoles sienten una debilidad irreprimible por todo lo foráneo, añadirán otros. Antoni Jutglar puede creer en el magnetismo demagógico, lo que evita el cogollo del problema. El federalismo, que tantos estragos produjo en las filas del partido federal, sobre impugnar la factibilidad de las ideas del maestro español desde el poder político, que es centralista por naturaleza (antifederalista), estaba más cerca del pueblo que sufre y trabaja. El partido federal, como todos los partidos políticos, era una suerte de cajón de sastre donde sin aflojar distancias se juntaba el obrero con el enemigo de clase.

José Peirats



¿Cómo se comprende que el Centro Federal de Sociedades Obreras de Barcelona, a cuyo frente estaban hombres de recia personalidad política, que había intervenido en las justas electorales y elevado representantes al Parlamento, se pasase con armas y bagajes de un federalismo a otro? Esta defección en masa debió hacer reflexionar a Pi y Margall y obligarle a revisar el aspecto táctico de su programa. ¿Por qué no hubo contacto? ¿Cómo no se estableció el diálogo? Y si lo hubo, como lo hubo, ¿por qué se rompió tan pronto?

Antoni Jutglar trata un tanto alegremente el supuesto dogmatismo de una de las partes. Que lo hubo, no cabe duda, pero en otros aspectos. En «El proletariado militante» encontramos las razones o sinrazones de la rup-

tura. Toda consecuencia en una posición premeditada no es necesariamente dogmatismo. No hay que dudar de que en las filas del proletariado militante, con todo y los conflictos que el «exotismo marxista» avivó después, hubo mucha más coherencia que en el seno del republicanismismo de casino.

El dogmatismo de la FRE consistía en que, por primera vez, los trabajadores se negaban a ser remolque de los partidos políticos, ultrademagógicos algunos, que hablaban de redimir al obrero en el mismo sentido de las novelas de Luis de Val, para decepcionarlo, engañarlo y traicionarlo. La Internacional les prometía le eclosión de su personalidad al conferirsela, reconociéndoles al fin la mayoría de edad.

Era difícil que los paladines

de la FRE, en su inmensa mayoría auténticos obreros (lo que se placían en señalar al firmar sus manifiestos), quienes se habían sacudido el yugo de la dependencia, considerada ahora superada, se resignaran a volver al redil. La Internacional les había sacudido con su lema: «La emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos», y sería vano empeño querer recuperarlos como masa de maniobra electoral.

Los incidentes que esmaltaron las dos concepciones del federalismo son conocidos. Los brillantes discursos en defensa de la Internacional en el congreso no podían significar una hipoteca. La historia de todas las sesiones parlamentarias que en el mundo han sido están empedradas de tan bellos y caballerescos ejemplos, lo que no obsta para que una cosa sea predicar y dar trigo otra cosa.

Lo más importante a señalar es que cuando se planteó la crisis de poder en 1873, el partido federal, el único que podía blasonar de una cierta personalidad republicana, se encontró cortado de la masa popular no difusa, aquella que verdaderamente cuenta en los graves momentos de la historia política (piénsese en la CNT y la UGT de vísperas del 18 de julio de 1936). Me refiero al conjunto popular organizado, con una idea bastante clara de sus objetivos humanos, no a la de grito pelado y jaleo, que al despertar republicana después de haberse acostado monárquica le da por declararse en fiesta carnavalesca.

Siendo la FRE una organización obrera de base, con muchos miles de efectivos en sus múltiples secciones (no obstante las duras y constantes represiones), y siendo el partido federal un cuadro de hombres a veces en cuadro, librado a la sola concentración electoral, era aquella y no éste que debió servir de punto de partida para un frente armonizado. Pero por lo visto se estaba lejos entre los federales de una estrategia popular percutante en el momento en que cayó la bola con el «gordo» de la República.

Lo que siguió después fue una acumulación de errores. Y hay una afincada costumbre en acreditarlos en la columna de supuestos aventureros y provocadores, y no en la de los virtuosos varones, duchos en golpes en la espina, zancadillas y agarrones. ■

EDITORIAL SEIX BARRAL

LAS ULTIMAS NOVEDADES

«Siete días en Nueva Greta»,
de Robert Graves.
314 páginas. 110 pesetas.

«Un cuarto de siglo de poesía española»
(6.ª edición),
de José María Castellet.
555 páginas. 270 pesetas.

«Problemas de la música moderna»,
de Boris de Schloezer y Marina Scriabine.
209 páginas. 80 pesetas.

«Campos de Nijar»
(2.ª edición),
de Juan Goytisolo.
145 páginas. 80 pesetas.

«La inspiración y el estilo»,
de Juan Benet.
180 páginas. 140 pesetas.

«Tres cuentos»,
de Gustave Flaubert. Edición, traducción y notas a cargo de Consuelo Bergés.
211 páginas. 110 pesetas.

«El fin de la edad de plata»,
de José Angel Valente.
192 páginas. 130 pesetas.

«La novela social española»
(2.ª edición corregida y aumentada),
de Pablo Gil Casado.
598 páginas. 300 pesetas.

«Comedia. Infierno»,
de Dante Alighieri. Edición, traducción y notas a cargo de Angel Crespo.
402 páginas. 225 pesetas.

«La novela picaresca y el punto de vista»
(2.ª edición),
de Francisco Rico.
146 páginas. 110 pesetas.

Solicite catálogos
e información en:



Seix Barral

Hermanos Alvarez Quintero, 2.
Madrid-4.
Provenza, 219.
Barcelona-8.